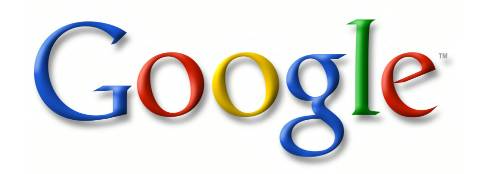




DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL

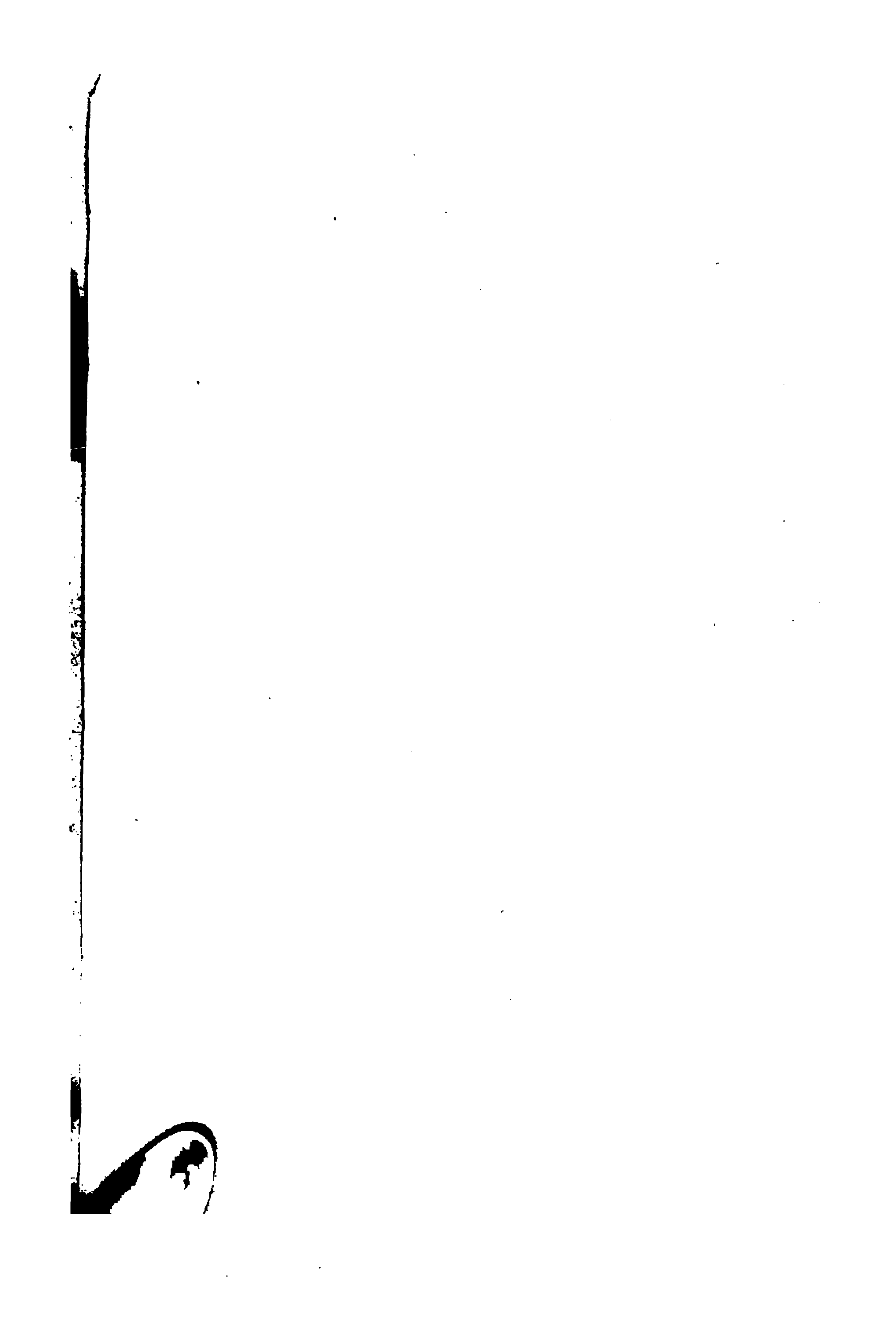
EXCMO. SR. D. MIGUEL COLMEIRO

EL DIA [illegible] DE MAYO DE [illegible]



MADRID.
[illegible]
[illegible]

[illegible]



DISCURSOS

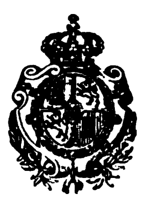
LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCMO. SR. D. MIGUEL COLMEIRO y Penido

EL DIA 11 DE MAYO DE 1893.



MADRID.
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJA DE FUENTENEBRO,
Calle de Bordadores, núm. 10.

—

1893.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. MIGUEL COLMEIRO.

Señores Académicos:

Elevada é insigne honra recibo al ingresar, por vuestra benevolencia, en una de las corporaciones más ilustres de nuestra patria, tomando asiento entre esclarecidos literatos, que siempre han dado á las ciencias su debida importancia, mostrando marcada predilección por algunas de ellas. Acércanse á ciento ochenta los años de existencia que cuenta la Real Academia Española, y durante tan largo tiempo contribuyeron á enaltecerla muchos de nuestros eminentes hombres de letras, cuya memoria será imperecedera por las obras que legaron á la posteridad individual ó colectivamente, y en este concepto es digno de especial mención el *Diccionario de Autoridades* (1726-1739), primordial trabajo en su género, y base fundamental de la Lexicografía castellana.

Si el distinguido humanista D. Casimiro Gómez Ortega, primer profesor del Jardín Botánico instalado en el Prado de Madrid, y otros hombres científicos, fueron conducidos por la fama al seno de la Real Academia Española en diversas ocasiones, habiéndolo sido aquél en calidad de supernumerario antes del año 1817, la reciente

designación del que os dirige la palabra en este momento, no es ciertamente debida á sus méritos literarios, ni tampoco á que los adquiridos en el cultivo de las ciencias hayan sido extraordinarios, pudiendo más bien atribuirse á la constante laboriosidad en la prosecución de determinados estudios, siempre con el deseo de contribuir á su adelantamiento en nuestra patria, y procurando imprimirles en lo posible un carácter español, tanto en el fondo como en la forma. Sólo así se explica que haya podido ser electo para suceder al Excmo. Sr. D. Cristino Martos, gloria del foro y de la tribuna española, cuya pérdida lamentan los amantes del bien decir.

Incumbe á esta Real Academia velar por la tersura, fijeza y esplendor de la lengua castellana, aunque sin oponerse á la admisión de aquellas palabras y frases que, por los progresos y la generalización de los conocimientos científicos, se vayan introduciendo en el lenguaje común y lleguen á ser vulgares, aun cuando en su origen hayan sido técnicas. Modifícanse lentamente los idiomas, y el nuestro es de ello buen ejemplo desde remotos tiempos, en que á pesar de ser esencialmente derivado del latino, adquirió pronto voces de muy distintas procedencias y se enriqueció además, en fuerza de la creciente cultura, con las palabras necesarias para expresar los conceptos filosóficos y científicos, que áun en tiempos relativamente antiguos, no dejaron de cundir entre las personas ilustradas, por más que no se contasen en el número de los sabios. Es cierto que muchas palabras del lenguaje usual tienen un origen vulgar y se formaron espontáneamente; pero no son pocas las que partieron de lo alto y se difundieron á la vez

que las ideas y opiniones concernientes á las diversas fases de la ciencia, y que tradicionalmente conservadas, constituyen el saber popular.

Todas las ciencias, y en particular aquellas que más se relacionan por sus aplicaciones con las necesidades sociales, tienen prestados un número mayor ó menor de términos propios al lenguaje común, y aunque esta afluencia diste de ser una novedad, es indudable que ha tomado incremento en los tiempos modernos por las tendencias expansivas que predominan, y por las nociones científicas que, al ser difundidas, se insinúan en algunas obras literarias, y que se revelan también en el lenguaje hablado, así respecto de los símiles, como en las metáforas y diversas figuras frecuentemente empleadas.

«La influencia de las ciencias en el lenguaje y en la literatura,» es un hecho que puede reconocerse mediante el examen de los escritos de los prosistas y poetas culminantes de cada época, cuyo grado de cultura expresan y demuestran claramente, aunque no siempre pueda suponerse una grande difusión de los conocimientos alcanzados, y que como tales patentizan las producciones literarias. En ellas, no obstante, se ha transigido y se transige muchas veces con lo tradicional, por existir palabras admitidas y frases formadas según los conceptos científicos que dominaron en otro tiempo, y se modificaron esencialmente ó fueron sustituidos por otros distintos nacidos de nuevas investigaciones, particularmente en lo concerniente á cuanto progresa, mediante la más detenida observación, ó por los reiterados experimentos hechos cada vez con mayor escrupulosidad.

Fué el eminente Calderón de la Barca, entre nuestros poetas, uno de los más sabios y profundos, brillando á la vez por su inagotable ingenio y fecundísima imaginación, que no menoscabaron la elevación de sus conceptos filosóficos, ni fueron incompatibles con el peculiar conocimiento de lo más importante que atesoraba la ciencia del siglo XVII, durante el cual continuaron perfeccionándose preferentemente los estudios físicos y astronómicos emprendidos en el anterior, que había producido á Copérnico. Los pormenores antes de ahora expuestos por personas ilustradas, que analizaron las obras de Calderón bajo el punto de vista científico con relación á su época al ser conmemorado el segundo centenario, ponen de manifiesto que el gran poeta ostentó con frecuencia su saber y demostró en diversas ocasiones no participar de vulgares creencias, nada conformes á las leyes de la naturaleza, sin que obstase esto al vuelo de su fantasía, rayando á veces en lo inverosímil, y sin exagerar la intransigencia con muchas ideas comunmente recibidas, aunque ya no lo fueran en el dominio de la ciencia, ó conformándose quizá con algunas de ellas. Es de todos modos cierto que el lenguaje literario entonces, y hoy mismo, aunque modificado por los progresos científicos, no puede menos de sentir la influencia de lo tradicional, en palabras y frases sancionadas por el uso, acomodándose además, en muchos casos, á la apariencia y no á la verdad de los hechos naturales, áun cuando el conocimiento de ellos se halle bastante generalizado.

Aunque Calderón, en efecto, haya dado muestras de conocer suficientemente y con especialidad los progresos

realizados en los estudios astronómicos, no por eso prescindió de las frases alusivas al movimiento aparente del sol, empleándolas, como en la actualidad se hace, en las obras puramente literarias, que no exigen por serlo ni consienten toda la severidad y el rigor propios de las científicas. El autor de *La vida es sueño* pudo, no obstante, inclinarse á tener por cierto el movimiento de la tierra, supuesto que no le era desconocido el sistema de Copérnico, que entonces como hipótesis había tenido acogida en España entre los sabios, particularmente en la Universidad de Salamanca. Tampoco es de extrañar que el inspirado vate hablara de «la fábrica de los cielos» según la ciencia antigua y conforme al lenguaje usual, por más que hubiese protestado alguna vez respecto de la existencia real del cielo tal como se entendía, «pues no es cielo ni es azul,» y esto en verdad no podría expresarse hoy mismo con mayor claridad y exactitud. Fuerza es confesar, en cambio, que no fué Calderón, como no lo fueron otros muchos escritores de su época, igualmente precavido en lo concerniente á los errores de los antiguos naturalistas y á las ficciones tradicionales, que se referían á seres fantásticos, y en particular á los animales fabulosos.

Consideraciones semejantes á las anteriormente expuestas serían aplicables á los trabajos literarios de tiempos diferentes, y siempre con relación á los estudios científicos que predominaron y al grado de desarrollo que alcanzaron, pudiendo notarse que algunos descubrimientos parezcan previstos ó más bien imaginados por escritores poco ó nada versados en las ciencias, y en particular por algunos poetas, que con el vuelo de su fantasía

fueron más allá de lo que la fría y serena razón pudiera sugerirles. Es verdad que la interpretación de ciertos conceptos, hecha á la luz de los conocimientos después adquiridos, tiene mucho de casual y arbitraria, como lo es la supuesta conformidad de algunos hechos con sueños anteriores á ellos, siendo esto en realidad mera coincidencia, «y los sueños sueño son,» por otra parte, sin duda alguna. Nada más susceptible de asemejarse á una profecía alusiva al descubrimiento del Nuevo Mundo, que lo expresado en remota edad por Séneca en su *Medea*, afirmando que tras luengos años el Océano pondría de manifiesto una tierra inmensa (*et ingens pateat tellus*); y sin embargo, como lo pensó el sabio jesuíta José de Acosta (1590), aunque el trágico haya acertado, «y en esto no hay duda... la puede con razón haber... en si Séneca adivinó ó si acaso dió en esto su poesía,» pareciendo creible que lo último haya sucedido al vate cordobés como á otros en diversas épocas. Algunos pudieran mencionarse que también adivinaron sin darse cuenta de ello algo desconocido, y sabido es que el Fénix de los ingenios acertó casualmente al suponer que cualquiera noticia, andando el tiempo, «vendría con el rayo mismo,» sin saber que el rayo fuese electricidad, ni que el hombre pudiera obtenerla y utilizarla como vehículo de lo escrito y de lo hablado.

Los grandes y positivos descubrimientos siempre influyeron é influyen actualmente en el lenguaje común, y también más ó menos pronto en el literario, mereciendo notarse la trascendencia que bajo este punto de vista tuvieron los agigantados pasos que dieron los conocimientos

geográficos después de haberse descubierto un nuevo continente y multitud de islas, habiéndose á la vez demostrado prácticamente la esfericidad de la tierra, sospechada por algunos sabios, llegando esto á vulgarizarse inmediatamente, y dando origen á muchas palabras y frases que enriquecieron nuestro idioma como los demás de las naciones cultas. El más extenso y perfecto conocimiento del globo terrestre trajo consigo un cúmulo de datos y noticias de todo género, que exigieron medios de expresión adecuados, y en mucha parte importados de los países que con grande fruto exploraron nuestros viajeros. Extendióse en cambio la hermosa y rica lengua de Castilla por una grande parte del mundo y principalmente se propagó en el nuevo, llegando á ser una de las europeas que se hablan por mayor número de individuos pertenecientes á diferentes nacionalidades que si son ya distintas de la nuestra, continúan y seguirán unidas á ella por duraderos y firmes lazos debidos á la historia, la literatura y la ciencia.

Tienen y tuvieron siempre las ciencias médicas una parte muy principal en la introducción de voces primitivamente técnicas y sucesivamente vulgarizadas al propio tiempo que los conceptos ó ideas reinantes en cada época entre las personas dedicadas á procurar el alivio de las dolencias de sus semejantes, que naturalmente los escuchan y atienden. Así fueron conociéndose y se conservan en el lenguaje usual diversas nociones de los varios sistemas médicos, desde los más antiguos hasta los más modernos, con la consiguiente discrepancia, prestándose de todos modos á que la manera de expresarse haya adqui-

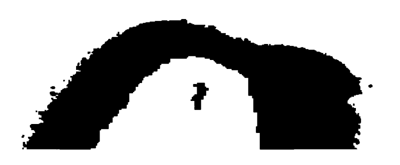
rido variedad y además caudal bastante considerable de metáforas y símiles.

Si el contacto de los médicos con todas las clases de la sociedad ha contribuído y contribuye á difundir ideas del saber científico más ó menos bien entendidas por el vulgo y las personas algún tanto ilustradas, generalizándose de esta manera el empleo de las correspondientes voces técnicas en número bastante considerable, no es menos cierto que otro tanto viene sucediendo respecto de las profesiones que requieren conocimientos propios de las ciencias exactas, físicas y químicas. Sus múltiples aplicaciones facilitan todavía en mayor grado las relaciones mutuas entre los hombres que las poseen y los de menos categoría que, como auxiliares ó prácticos, adquieren necesariamente nociones de relativa importancia y se familiarizan con el lenguaje de aquellas que por este medio llega á vulgarizarse, por lo menos dentro de ciertos límites. No obsta esto para que la tradición siga imperando, y conforme á la ciencia antigua continúen expresándose conceptos ya desautorizados, tanto en lo físico como en lo químico, siendo, por ejemplo, calificados de elementos los cuatro que en manera alguna deberían así nombrarse, si hubiera de exigirse al lenguaje común el rigor científico, que es propio del tecnicismo en armonía con los conocimientos actuales. Sin embargo, fuera de aquello que el uso tradicional haya autorizado, no puede disculparse cuanto se admita inconsideradamente, sobre todo en las obras literarias, y sea la expresión de manifiestos errores.

El espectáculo de la naturaleza y la muchedumbre de los seres que cubren y pueblan nuestro globo, siempre

llamó la atención de los hombres, cualquiera que haya sido el grado de su civilización y cultura. En esto preferentemente precedieron al estudio científico las apreciaciones vulgares, y por ende se originó una rica nomenclatura popular en todas partes, y que abunda entre nosotros tanto ó más que en cualquiera de ellas. Sucedió así precisamente, porque lo útil y lo perjudicial hubo de distinguirse en lo posible desde el origen de las sociedades, y las producciones naturales de cada país tuvieron que emplearse sucesivamente para satisfacer las necesidades humanas en fuerza de la experiencia, que enseñó á la vez lo que debía huirse ó evitarse. Todas las producciones notables en ambos conceptos fueron, por tanto, designadas con nombres más ó menos adecuados y significativos, conforme á las ideas ó creencias reinantes, y los más antiguos naturalistas aceptaron por el pronto la nomenclatura del idioma en que escribieron, porque se limitaron á describir é historiar el relativamente corto número de seres que eran bastante conocidos, y estaban denominados popularmente ú ofrecían interés bajo los aspectos médico y agronómico. Las obras de Historia natural que Grecia legó á la posteridad y Plinio compiló en Roma, dominaron largo tiempo, y su nomenclatura, tomada de los respectivos idiomas y sin reglas especiales, no llegó á sustituirse por otra esencialmente científica hasta que lo exigieron los progresos de las ciencias naturales.

Aunque los diferentes seres de la naturaleza que se conocen hayan recibido denominaciones verdaderamente científicas, conforme á las reglas establecidas por el insigne Linneo y hasta el día subsistentes en cuanto á los



animales y plantas, habiendo sido ineficaces los intentos de cambiar aquéllas en lo fundamental, no por eso resultaron absolutamente inmutables los nombres dados á las especies que constituyen los reinos animal y vegetal en que se hallan distribuídos los seres orgánicos. La actual nomenclatura, que se considera como la única posible ó aceptable, está conexionada con las modificaciones que en la apreciación de los géneros son consiguientes á los nuevos estudios y al sucesivo aumento de las especies conocidas, resultando de ello muchas veces que hayan de distribuirse de distinta manera las ya denominadas, variando de género, sea éste nuevo ó antiguo, lo cual implica la mudanza de nombre, áun cuando se conserve el específico, que acompaña al genérico. Así se originó la actual sinonimia, que no esperaban los discípulos más entusiastas del inmortal reformador de la Historia natural, creyendo muchos de ellos, inclusos algunos españoles, que la nomenclatura Linneana fuese completamente inalterable, y por tanto definitiva, aunque esto de todos modos tendría mucho de ilusorio, atendida la movilidad y sucesivo incremento de las ciencias, que se fundan en la observación de lo exterior al hombre, y cuyos límites son incalculables.

Tiene la nomenclatura científica de los seres orgánicos, á pesar de las modificaciones que le son inherentes, la importantísima condición de ser universal, y por tanto conocida y usada en todas las naciones cultas por los naturalistas, habiendo pasado de ellos en grande parte á personas menos competentes, y hasta á las meramente prácticas, que la comprenden y emplean comunmente. Esto

no obsta para que se conserven, en fuerza del uso tradicional, los nombres vulgares de los animales y plantas, que por cierto, y en particular los de las últimas, son muy numerosos en la lengua castellana, como en otras, sin exceptuar las provinciales de nuestra Península. Entre los nombres vulgares se cuentan algunos menos constantes, según los tiempos y las localidades; pero en lo general se observa notable fijeza, y ordinariamente mayor que la supuesta por los poco inclinados al estudio de los términos que constituyen el vocabulario popular de las producciones naturales, y sobre todo de aquellas cuyas especiales circunstancias hubieron de atraer la atención general en épocas más ó menos distantes. Fueron siempre las plantas miradas con predilección, porque en ellas desde luego hallaron los hombres menos civilizados una parte muy principal de sus alimentos y de los demás medios de satisfacer las primeras necesidades humanas, tanto en el estado de salud, como al intentar recobrarla, combatiendo en lo posible las enfermedades, ó curándose las heridas y demás lesiones ocasionadas por frecuentes é inevitables luchas. La Medicina y la Agricultura más ó menos rudimentarias se remontan al origen de las sociedades, y como conocimientos indispensables figuraron desde los primeros tiempos los relativos á las plantas, designándolas con nombres espontáneamente formados en los respectivos pueblos.

Importa difundir la nomenclatura botánica como medio de comunicación entre los hombres estudiosos y entre los prácticos instruídos de todos los países; pero dentro de cada uno de ellos no se puede prescindir de conocer y

definir los nombres vulgares con que son designadas las plantas que los hayan recibido por ser miradas con mayor atención, provenga esto de las utilidades ó daños que producen, ó dependa de la abundancia, belleza, crecimiento notable, ó cualidades verdaderas en unos casos é imaginarias en otros, que se les atribuyan. Existen nombres de plantas que son debidos á la invención popular en cada territorio, siendo algunos bastante ingeniosos, significativos, y hasta epigramáticos; pero los hay en grande número que proceden de idiomas antiguos, anteriores á los usuales, ó fueron introducidos por extrañas invasiones, aparte de los importados de distintas maneras, habiendo también no pocos que pasaron de los libros científicos de la antigüedad al lenguaje común, que no cesa de enriquecerse en virtud de los actuales conocimientos. Entre los nombres populares de las plantas, los hay que expresan ser éstas buenas ó agradables, y otros, al contrario, indican que son malas, siéndolo en realidad, ó teniéndolas por tales el vulgo. Supone éste que las aves y otros animales son por instinto conocedores de las propiedades de algunos vegetales, y de ello se originaron ciertos nombres que demuestran la creencia en tales indicios, entendiéndose además, que las semejanzas más ó menos aparentes, que parecen presentar diversas plantas con algo relativo á enfermedades, revelan que pueden curarlas, y así se manifiesta con determinados nombres conservados por la tradición. Fundamento más razonable tienen las denominaciones comunes de las plantas que recuerdan usos medicinales, económicos é industriales, como testimonio de la importancia que hayan tenido ó tengan todavía, y nombres hay que les

fueron aplicados en otros tiempos por el influjo de la mitología, las creencias religiosas, el culto y las leyendas, con más ó menos oportunidad. Hay, por fin, semejanzas que la imaginación ayuda á reconocer, y que originaron diversas denominaciones vulgares, habiendo motivado otras una vistosa coloración y sus cambios, así como diversos fenómenos capaces de llamar la atención de las personas menos observadoras, y existen además nombres que indican los sitios en que crecen las plantas, y á veces la patria, que el vulgo no desconoce en algunos casos.

Hay en la nomenclatura vulgar de las plantas algunos nombres genéricos bastante adecuados, siendo distinguidas, en tales casos, las especies con epítetos que no carecen de significación y suelen ser oportunos. Reconoce también el vulgo algunos grupos superiores más ó menos extensos, dándoles denominaciones, que si no revelan siempre completa exactitud en la apreciación de las afinidades, demuestran la tendencia general á clasificar ó metodizar cuanto se desea conocer y recordar, trascendiendo esto necesariamente al lenguaje común. Notable influjo ha ejercido y ejerce en el mismo la nomenclatura científica, algo vulgarizada, tanto respecto de algunas plantas espontáneas, como relativamente á las modernamente introducidas en los jardines, donde con frecuencia se designan con el nombre científico del género más ó menos alterado, cuando llega á usarse por el vulgo. Dos procedencias tienen efectivamente los nombres vulgares de las plantas, siendo unos de origen genuinamente popular, y otros trasmitidos por la ciencia antigua ó moderna, habiéndose generalizado por la comunicación de los pe-

ritos en ella con las personas preferentemente prácticas.

Entre los muchos nombres que tiene la lengua castellana para distinguir las producciones naturales, y principalmente las plantas, los hay en grande número que son sinónimos, y esto sucede también en cuanto á las denominaciones locales y provinciales. Compréndese que hayan llegado á formarse diversos nombres populares espontáneamente con aplicación á una misma especie ó variedad; pero la sinonimia en muchos casos depende de la coexistencia de palabras, que con igual significación proceden de distintos idiomas, pudiendo citarse muchas denominaciones de plantas de origen griego ó latino, que tienen otras equivalentes, y debidas á la influencia de la invasión y dominio de los sarracenos. Los nombres de plantas derivados del árabe y los arabizados, que se introdujeron en la lengua castellana y en los demás idiomas y dialectos de la Península, pasan de seiscientos, y muchos de ellos, que se oyen diariamente más ó menos alterados, se encuentran con la pureza nativa en los escritos de los médicos y agrónomos arábigo-españoles, tales como Ebn Baithar y Abu Zacharia, cuyas obras son bastante conocidas, recordando la del último, prácticas agrícolas todavía subsistentes entre nosotros.

Así como las voces técnicas que corresponden á diversas ciencias y artes, no se consideran propias del lenguaje común, hasta que llegan á vulgarizarse mucho, extendiéndose fuera de los primitivos límites, también sucede algo de esto respecto de los nombres de las producciones de la naturaleza, por más que tales denominaciones tengan con frecuencia un origen popular, siendo de uso más ó

menos general y algunas veces bastante limitado ó circunscrito. Corresponde á los Diccionarios tecnológicos recopilar y definir todas las palabras de las ciencias y artes respectivas, procurando enriquecerlos tanto como sea posible, conforme á sus especiales condiciones; pero los Diccionarios vulgares de cada idioma, sin dejar de tener un carácter algo enciclopédico, que se acentúa á medida que la ilustración se difunde, deben limitarse á las voces y frases de uso común, sea en el lenguaje vulgar ó en el literario, sometiendo la elección y admisión de aquéllas á un razonable criterio, que no peque de estrecho ni raye en exagerado. Existen en esto, no obstante, apreciaciones bastante diferentes, y no es de extrañar que haya críticos propensos á echar de menos muchas palabras realmente propias de los Diccionarios especiales, que son los destinados á definirlas y explicarlas. Es en ellos donde las definiciones tienen que ser rigorosas, empleándose los términos científicos ó artísticos que sean más adecuados, mientras que en los Diccionarios vulgares, sin cometer inexactitudes, es dable y hasta conveniente expresarse como mejor parezca para no exceder los límites de la común inteligencia.

La ciencia y la literatura se ayudán é ilustran mutuamente, porque si el saber es el origen y fundamento del escribir con exactitud y recto criterio, no es menos cierta la influencia de la forma para dar atractivo é importancia á cuanto tienda directa ó indirectamente á la mayor propagación de los conocimientos humanos. Tienen las obras científicas por su especial índole, la circunstancia de ser parcas en cuanto á las galas del lenguaje; pero nada obsta

para que éste sea correcto y castizo, debiendo además procurarse que el tecnicismo no se aparte de los principios filológicos, particularmente al castellanizar las voces modernamente formadas, y que si fuesen de origen griego ó latino, deben trasformarse conforme al genio de nuestro idioma. Así lo enseñaron respecto de los términos botánicos Gómez-Ortega, Palau, Cavanilles y Clemente, que fueron lingüistas á la vez que hombres de ciencia, distinguiéndose el último por su profundo conocimiento del árabe literario y vulgar, que aplicó al estudio etimológico de algunos nombres de variedades de la vid y de otros relacionados con la Agricultura.

No es propio de las obras esencialmente literarias contener grande copia de pormenores científicos, y sin embargo, las hay, tanto antiguas como modernas, que presentan interés bajo este punto de vista, y es de notar la predilección que tuvieron algunos poetas por las plantas, demostrando conocer bastantes de las notables por su frondosidad, belleza é importancia. Críticos muy competentes conceden, no obstante, marcada superioridad á los poetas antiguos en este concepto, atribuyéndoles haber observado la naturaleza con especial atención, y así lo acreditan los escritos de Homero y Teócrito entre los griegos, y principalmente los de Virgilio entre los romanos. Publicó Du Molin en París una *Flora poética antigua* (1856), y antes había formado y dado á luz Fée la *Flora de Virgilio* (1822) y la *Flora de Teócrito* (1832), siendo bastante rica la del poeta latino, que fué estudiada por más de un erudito, venciendo con varia fortuna las dificultades que ofrece la interpretación de mu-

chos nombres que no se hallan claramente definidos.

Sería prolijo enumerar los poemas consagrados á las plantas y sus propiedades, así como al cultivo de especies importantes, que fueron publicados en diferentes tiempos, más ó menos distantes de los presentes, confirmándose en este sentido una reconocida tendencia á ensalzar y pintar con bellas formas el rico y vistoso ornamento de la superficie terrestre, que es la alegría, cuando revive ó abunda, y la tristeza cuando se amortigua ó escasea, dando carácter propio y especial atractivo á cada región, y también á cada localidad, siendo así uno de los elementos que fomentan donde quiera la población y su permanencia. Entre todos los poetas que fijaron su atención en las plantas, distinguióse Goethe, cuya imaginación creadora no fué obstáculo á que desplegase como naturalista el talento de observar con acierto y exactitud, demostrándolo el *Ensayo sobre las metamórfosis de las plantas*, que pudo calificarse de fantástico ó tenerse por ideal en parte, y llegó á ser punto de partida de luminosas teorías, que célebres botánicos establecieron conforme á hechos reconocidos, siendo el fundamento de la Morfología vegetal. Aunque el consorcio de las ciencias y letras no llegue ordinariamente á grado tan elevado, ni siquiera á menos altura, es de indudable importancia la coexistencia de una y otra clase de estudios con el natural predominio de los más adecuados á las condiciones y circunstancias personales, tendiendo siempre á la mayor difusión de los conocimientos sanos y útiles bajo la influencia de las más dignas y nobles aspiraciones.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO MARIA FABIÉ.

EN CONTESTACIÓN AL PRECEDENTE.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Difícilmente podré expresar los sentimientos que me dominan al desempeñar el honroso encargo de dar la bienvenida, en nombre de esta Real Academia, á su nuevo individuo el Sr. D. Miguel Colmeiro, que nos ofrece una prueba más de sus merecimientos en el erudito y útil discurso que acabáis de oir, porque la satisfacción que en este instante siento viene mezclada con la pena que me produce el recuerdo del académico á quien el Sr. Colmeiro sustituye, pues si no tuvimos el gusto de verle tomar asiento entre nosotros, no por eso le dejaremos de contar como nuestro, y para mí su nombre recuerda los días felices de la juventud, en los que, juntamente con Ayala, con Selgas, con Florentino Sanz, para no hablar sino de los que ya no existen, se abrían los ojos de mi espíritu á la contemplación de las bellezas de la poesía y de la elocuencia.

En este arte brilló el Sr. D. Cristino Martos con esplendor extraordinario, siendo quizá el más puro y correcto de los oradores forenses y politicos de su tiempo, por lo

que no sin razón se ha dicho que, más que hablados, parecían sus discursos esculpidos en letras de oro.

Estos tristes al par que gloriosos recuerdos se compensan con el gozo inefable de dar testimonio ante este distinguido auditorio de la gratitud que siento en mi alma hacia el Sr. Colmeiro, que no sólo es uno de mis primeros maestros, sino que debí á su bondad y á la de sus compañeros, á quienes presidía el inolvidable D. Alberto Lista, los primeros premios académicos que alcancé en mi *alma mater*, la insigne Universidad de Sevilla; satisfacción que no ha sido jamás igualada por cuantas he podido obtener en mi larga vida consagrada al estudio y al servicio de la patria.

Nunca se borrarán de mi memoria aquellas expediciones por las orillas del Guadalquivir y del Guadaira, por las colinas de Aznalfarache y de Alcalá, en que, acompañando al Sr. Colmeiro, empecé á estudiar los seres orgánicos, especialmente las hermosas y variadas plantas que pueblan aquel bello rincón de nuestra Península. Tampoco olvidaré nunca el pintoresco viaje que maestro y discípulo hicimos poco después desde Sevilla á Extremadura, apartándonos por las trochas y senderos de Sierra Morena del camino real por que marchaba el clásico carro de violín que conducía nuestros equipajes, que no alcanzábamos de ordinario sino en las ventas y posadas donde, tras breve y desabrida cena, nos dedicábamos á colocar en el herbario portátil las plantas que habíamos hallado entre las frondosas adelfas y los espesos y aromáticos jarales que con las robustas encinas forman aquellos sombríos y majestuosos bosques.

Había llegado el Sr. Colmeiro á Sevilla, procedente de Barcelona, en donde desempeñó la cátedra de Botánica después de brillantísimas oposiciones; á aquella ciudad llevó el espíritu de la nueva legislación de instrucción pública, debida al insigne primer Marqués de Pidal, que con sus prescripciones sacó de una postración deplorable la enseñanza, dándole impulso fecundísimo, paralizado después con gran perjuicio de la vida intelectual de nuestra patria.

Bajo el rectorado memorable del Sr. D. Joaquín Pérez Seoane y el decanato del ya nombrado D. Alberto Lista, el Sr. Colmeiro contribuyó poderosamente al renacimiento de los estudios, especialmente al de la Botánica, apenas conocido en la capital de Andalucía, creando su Jardín botánico y haciendo frecuentes expediciones, no sólo por los alrededores de la capital, sino por diferentes lugares de la provincia y por otros limítrofes.

Ya entonces empezó á manifestar el Sr. Colmeiro su afición á los estudios históricos referentes á la especialidad que profesaba, no contentándose con saber y con enseñar las doctrinas de Linneo, de Jussieu, de los De Candolle, que pueden considerarse los creadores de la Botánica moderna, sino estudiando las obras en que se contienen los orígenes, ó mejor dicho, los antecedentes de este ramo de la ciencia de la naturaleza, y sin duda á esto hubo de contribuir la circunstancia de haber florecido en Sevilla el insigne Monardes, escritor purísimo que se ocupó en sus opúsculos, entre otras cosas, del uso y virtudes de algunas plantas, y especialmente de las recienvenidas de América.

Al estudio de una, si bien no americana, consagró el Sr. Colmeiro varios de sus primeros escritos, sin duda por la fama que tradicionalmente gozaba en Andalucía, y, sobre todo, en Sevilla; me refiero al *alerce*, que se creía incorruptible, por lo que empleaban los árabes su madera en las caprichosas labores de los techos de sus alcázares y mezquitas; también la emplearon los célebres maestros de imaginaria que hicieron el admirable retablo de la capilla mayor de la Basílica metropolitana y de otras iglesias, según opinión generalmente recibida.

Diez años, poco más ó menos, residió el Sr. Colmeiro en Sevilla, durante los cuales recorrió en diferentes direcciones la región meridional de España, estudiando la vegetación que en ella se produce, y que comprende, desde las especies tropicales, que se dan fácilmente en sus costas, hasta las alpinas, que florecen entre las neveras de la Alpujarra.

La actividad científica del Sr. Colmeiro se desarrolló luego en el más amplio teatro de la Corte, ocupando la cátedra ilustrada por insignes naturalistas españoles en el Jardín Botánico que creó Carlos III para salud y esparcimiento de los vecinos de esta villa, y que dirige y defiende hace años el nuevo académico, debiéndose á sus esfuerzos que aún viva esa institución, glorioso testimonio del renacimiento científico y literario producido por las disposiciones de aquel bien intencionado Monarca, aconsejado por sabios Ministros.

Desde que el Sr. Colmeiro empezó á desempeñar su cátedra de la facultad de Ciencias en el Jardín Botánico, y como fruto de sus trabajos y experiencia, fué creciendo el

número de obras que ha dado á luz desde 1842 en Barcelona, que continuó en Sevilla, y que son de gran interés científico y literario.

Largo sería enumerarlas, y más propio de una biografía y bibliografía del autor, que tendría lugar propio como apéndice y complemento de la que el mismo señor Colmeiro escribió bajo el título de *La Botánica y los botánicos españoles*, con la que alcanzó el premio que la Biblioteca Nacional adjudica á este género de trabajos; pero ya que no todas, citaré, además de las que llevo indicadas, las que estimo más importantes, y claro es que la primera debe ser el *Curso de Botánica* con las que le sirven de complemento, de las cuales se ha hecho más de una edición, porque se puede afirmar que estas obras son las que han servido y sirven de catecismo á cuantos se han dedicado y se dedican en España á esta ciencia, desarrollando la afición á su estudio en la juventud, que acude á las aulas de la facultad de Ciencias en todas las Universidades de la Península.

La obra fundamental del Sr. Colmeiro, la que ha llevado su nombre á todas las regiones del mundo, y la que lo conservará en las edades futuras, es la *Enumeración y revisión de las plantas de la Península hispano-lusitana é Islas Baleares*, que es, como su nombre indica, la exposición y designación geográfica de todas las especies del reino vegetal, que viven en lo que pudiera llamarse la región ibérica. Esta obra, compuesta de cinco gruesos volúmenes, es el resultado de una larga vida consagrada exclusivamente al estudio de este ramo del saber, y es elemento indispensable para completar el grandioso cua-

dro que forman los seres orgánicos que pueblan la tierra.

Brilla en ella la erudición al par de la ciencia, pues precede á la enumeración de las plantas un estudio histórico-crítico de los trabajos relativos á la Flora hispano-lusitana desde los tiempos antiguos hasta el día, comprendiendo los datos que suministran los escritores árabes, y un índice alfabético de los autores de todas las épocas, con indicación de sus obras; de este modo se establece la prioridad de las observaciones, resultando que ésta pertenece muchas veces á los botánicos españoles.

Merece particular mención, entre otras razones, por la importancia que tiene para los trabajos peculiares de nuestra Academia el *Diccionario de los diversos nombres vulgares de muchas plantas usuales ó notables del Antiguo y Nuevo mundo,* pues como su título indica, en esa obra se contienen con su correspondencia científica casi todas las palabras con que se designan las plantas por los escritores castellanos y el vulgo.

Los opúsculos publicados por el Sr. Colmeiro son muchos, empezando por el que dió á luz en Barcelona en 1842, bajo el título de *Ensayo histórico sobre los progresos de la Botánica*, y terminando hasta ahora con las dos conferencias dadas en el Ateneo de Madrid con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América, en que expuso de un modo magistral y elocuente las *Primeras noticias acerca de la vegetación americana.* Como se ve, medio siglo de actividad intelectual y científica fecunda en provechosos resultados, abarca la vida del Sr. Colmeiro. De ella han sido, entre otros justos premios, su elección para las Academias de Ciencias y de Medicina,

y la de la Lengua aumenta hoy los laureles que ciñen su venerable frente, dándole lugar merecido entre los que la forman. También ha sido justa recompensa de sus servicios prestados en la enseñanza pública, el honroso cargo de Decano de la Facultad de Ciencias y el Rectorado de la Universidad Central, que con aplauso general hoy desempeña.

Conocedor profundo el Sr. Colmeiro de la literatura científica española, y habiendo contribuído al aumento de su caudal en las proporciones que rápidamente he indicado, no ha podido elegir tema más propio para su discurso, que la influencia que los progresos del saber han ejercido en la lengua castellana, desde su formación hasta nuestros días, y la que deberán ejercer en adelante.

La ciencia, ó por mejor decir el conocimiento, es atributo y facultad propia del hombre, pues siendo espíritu que vive en la naturaleza, las relaciones que existen entre el individuo humano y los objetos que le rodean, toman conciencia en su sér mediante la actividad que le es inherente. Estas relaciones producen, en primer término, efectos internos; pero en virtud de la disposición y esencia del organismo, determinan una acción refleja en virtud de la cual la impresión interna se exterioriza. La manifestación exterior de estas relaciones entre el individuo vivo y los demás seres, es en general un movimiento que ya se nota en algunas plantas, que se acentúa y determina en los animales, áun en aquellos que ocupan lugar más inferior en la escala zoológica; en los que pertenecen á un orden superior, además del movimiento, producen fenómenos varios y complicados, entre ellos, efectos de sonoridad

que llegan, en el orden superior de los vertebrados, á determinar la voz, y que en el hombre alcanzan con la palabra el grado más alto y concreto, siendo ésta, expresión, signo y forma del pensamiento.

Puede por tanto decirse que la palabra humana es el primer elemento de la ciencia, y al par su instrumento indispensable y eficacísimo; pero es claro que al hablar de la influencia de las ciencias en el lenguaje, nos referimos más especialmente á las ya constituídas, ó al menos al conocimiento metódicamente ordenado, al saber sistemático de que sólo es susceptible el hombre. Pues bien; áun considerado el problema desde este punto de vista, debemos notar que los primeros ensayos de sistematización y de método en el conocimiento humano, se han realizado por virtud de la palabra. Es posible que, según han sostenido algunos filósofos de todos los tiempos, la palabra haya empezado por la emisión de sonidos monosilábicos y onomatopéyicos, que como una acción refleja, producen en el organismo las impresiones internas ó externas; pero es indudable que estos sonidos, que por la naturaleza de los órganos propios del hombre, muy pronto, si nó desde el primer momento, llegaron á ser articulados, sirvieron para designar el objeto que producía las impresiones experimentadas, y se verificó así una operación mental que no puede menos de considerarse como el primer momento de la actividad científica; cuando el conjunto de impresiones idénticas ó análogas producidas por seres asimismo semejantes ó idénticos, se manifestaron por un sonido articulado que tenía que ser siempre el mismo, se produjeron espontáneamente las pa-

labras colectivas, y se verificaron en el entendimiento las primeras generalizaciones, las primeras abstracciones que tuvieron su expresión natural y propia en las palabras correspondientes con lo cual el hombre se encontró en posesión de las primeras nociones científicas y del único procedimiento, que aplicándose en la sucesión de los siglos con reformas y mejoras que no alteran su esencia, han producido y producirán, en la serie indeterminada de las futuras edades, las civilizaciones y los progresos científicos que van mostrando al hombre la naturaleza del sér y la rica variedad de sus manifestaciones, según las leyes que le son inherentes, y esto es lo que constituirá la ciencia definitiva, tal como puede alcanzarla el espíritu en su determinación terrestre.

Ramo importantísimo, aunque no el que lo es más, de todos aquellos en que puede considerarse dividido y clasificado el saber, es el del mundo exterior, el de la naturaleza en general, y subordinado á este concepto, es para el hombre ocasión vivísima de su curiosidad científica, y objeto, por tanto, de su conocimiento inmediato al conjunto de seres que constituyen y pueblan la tierra. Entre ellos ha ocupado lugar preferentísimo para el hombre la infinita variedad de las plantas, que le suministraron desde el principio de su existencia elementos indispensables para su vida, contribuyendo en gran parte de un modo directo á su alimentación, dotándole de armas naturales para su defensa, de abrigo contra la intemperie, y de esparcimiento y solaz para su espíritu con la belleza de sus matices, con la fragancia de sus flores y con la apacible frescura de su sombra. Además, por medio de los ve-

getales llegó el hombre, sinó á crear, á conservar el fuego para sus usos, siendo este el primer paso y el más decisivo é importante que ha dado en la larga é indefinida senda de sus progresos.

Por esta causa las religiones primitivas ofrecen testimonio de la admiración y de la gratitud que sentimos por los dones de la naturaleza, ofreciendo en holocausto á la Divinidad, juntamente con las víctimas animales, flores y frutos. En estos objetos, y de sus maravillosas propiedades, se ocuparon desde luego los poetas, intérpretes de los sentimientos y de las ideas de la humanidad en las épocas primitivas de su existencia. Cuando los conocimientos empezaron á diversificarse formando especialidades científicas, fueron de las primeras que empezaron á constituirse las que tenían por objeto los seres naturales; y en fin, al principiar, en época anterior á la historia, á cooperar el hombre al trabajo de la naturaleza cultivando la tierra, las plantas fueron especial objeto de su actividad, y son elocuentísima prueba de ello las semillas que se encuentran en los palafitos que sirvieron de viviendas á las tribus que habitaron durante la edad de piedra diferentes regiones del globo.

Transcurridos larguísimos períodos, cuando después de grandes y admirables progresos, el hombre logró fijar en formas materiales sus ideas, para comunicarlas á sus semejantes, llegando á la invención prodigiosa de los alfabetos, con lo que pudo conservar la memoria de sus hechos, poniendo los fundamentos de la historia, y facilitando por medios eficacísimos los progresos científicos, el conocimiento de la naturaleza no podía menos de hacer

rapidísimos adelantos, que recogieron luego en sus obras los escritores más antiguos, especialmente los poetas y los filósofos.

Viniendo á tiempos que, si bien nos parecen remotos, son sin duda recientes, dada la duración de la vida de la humanidad, y fijándonos en la civilización de que la nuestra es resultado inmediato y directo, ¿quién no conoce lo que el espectáculo de la naturaleza y el conocimiento de los seres que la forman, fueron para Hesiodo y Virgilio, para Aristóteles y Plinio?

Hija de la latina nuestra lengua, nuestra cultura lo es también de la que floreció en las orillas del Tiber, la cual heredó todas las riquezas intelectuales que habia atesorado la Grecia, y, por consiguiente, puede afirmarse que desde los albores del castellano, áun antes de que fuese vehículo del saber de los que empezaron á usarla para escribir en ella las más altas lucubraciones científicas ó las más atildadas obras literarias, ya aparecen en ella los vestigios de la ciencia clásica. Fácil es hallar pruebas de este aserto en los más antiguos monumentos de nuestra lengua, empezando por aquellos fueros y cartas-pueblas en que la degeneración del latín llega á punto en que es difícil discernir si están escritos en la lengua que hablaron los más rudos habitantes de Lacio, ó si es ya el dialecto que llegó á ser la lengua de Santa Teresa y de Cervantes. El poema del Cid, que es sin duda el más antiguo testimonio del verdadero castellano, comprende en su vocabulario muchas palabras debidas á la ciencia greco-romana.

No ya de una manera espontánea, sino reflexiva, la influencia del lenguaje científico en el habla de nuestros

mayores se hizo sentir en la gran literatura del siglo XIII, y muy especialmente la influencia de las ciencias naturales; bastarían para demostrarlo aquellas palabras con que empieza una ley de Partida: «Hipocras, dice el gran legislador, que era un gran sabio en esto de la física...» En efecto; la pléyade de ilustres escritores que personifica el Rey D. Alonso, trajo al habla castellana con sus obras todos los elementos científicos del saber de los filósofos y literatos griegos y romanos, ya directamente, ya por el conducto de los árabes y de los judíos, que durante la oscuridad de la Edad Media conservaron y acrecentaron los tesoros del saber antiguo.

El segundo renacimiento científico y literario renovó y aumentó la influencia de aquellos elementos de nuestra civilización, perfeccionando y enriqueciendo nuestra lengua, con las ideas y con las palabras propias de las ciencias físicas y naturales, dándose el caso de que algunos de nuestros más antiguos clásicos fuesen, al propio tiempo que grandes literatos, físicos insignes: sirvan de ejemplo, para no citar sino los más ilustres, el Doctor Francisco López de Villalobos, que ya á fines del siglo XV dió á luz en Salamanca *La medicina en romance trovado,* poema didáctico en que, como su asunto requiere, abundan las palabras y los conceptos propios de las ciencias de la vida. Las mismas circunstancias ofrecen sus famosas *coplas sobre las pestíferas bubas*, y sus no menos famosos *Problemas.*

Todavía es, si cabe, mayor la parte que los elementos de origen científico tienen en el libro que escribió Cristóbal Acosta sobre las *plantas* y *drogas* de las Indias, en la

ya citada de Nicolás Monardes, y más que en ninguna otra obra, en la traducción de *Pedacio Dioscórides Anazarbeo,* hecha por el Doctor Laguna, que es, sin duda, uno de los escritores clásicos del habla castellana.

La cadena de escritores que desde entonces llega hasta nuestros días, y que emplearon con acierto nuestra lengua para tratar asuntos propios de las ciencias naturales y físicas, influyendo de esta manera en los progresos y vicisitudes de aquélla, no se ha roto nunca; pero son menos conocidos los que florecieron en el siglo XVII. Brillaron egregios escritores científicos en el siguiente, manteniendo la influencia en el castellano de la reciente tecnología de la Historia natural, bastando para justificar esta aseveración los escritos de D. José Celestino Mutis, de D. Simón de Rojas Clemente y del insigne Cavanilles; heredero directo de la ciencia y de la gloria de estos escritores es el nuevo académico que, después de haber enriquecido, como he dicho, la literatura científica española, traza en el discurso que acabáis de oir, con la autoridad que le dan sus numerosas producciones, las reglas que deben seguirse para que la lengua castellana, conservando su genio propio, pueda servir de vehículo á la ciencia moderna, y determina en qué condiciones y forma influirá ésta legítimamente y sin deformarla en el habla que hicieron inmortal Calderón y Cervantes.

He dicho.

